

EL RELOJ

JOHN WILLIAM ARCHBOLD



EL RELOJ

A Jairo Soto Hernandez (QEPD)

Papá siempre trató de inculcarme la costumbre de usar reloj. Si admito que lo intentó, es bastante obvio que no lo logró. De niño me compró decenas de relojes, uno tras otro. No importaba si tenían el motivo de mi héroe favorito, o si contaban con un novedoso mecanismo electrónico que me resultara curioso. Sentía que era un peso innecesario sobre mi mano, tenía la sensación constante de que iba a dislocarme la muñeca.

Me apretaba, me fastidiaba, me picaba, y siempre terminaba por dañarle las manillas. Ya de adolescente, papá quiso lograr su pretensión, aprovechándose de ese ridículo afán de aparentar que tienen todos los pubertos, y logró seducirme con un lujoso Invicta de pulseras plateadas y tablero azul, que costaba tres veces su salario.

Ambos creímos que había triunfado por un par de semanas, pero después lo perdí en el colegio. Cuando se lo conté, muerto de los nervios, papá se quedó en silencio, aceptó lo sucedido como una derrota definitiva. Nunca volvió a regalarme otro, parecía resignado, pero siempre que me vestía elegante, ya fuese para una reunión o una fiesta, resaltaba que me hacía falta un complemento que me dotara de formalidad y gallardía.

Muchas veces se llevó la mano a la muñeca e intentó desabrochar el suyo¹ para ofrecérmelo, pero se percataba de que terminaría por incomodarme y se arrepentía. De algún modo aprendió a aceptar mi rebeldía, mi falta de estilo, mi afán por darle la espalda al tiempo.

El oncólogo admitió que la quimioterapia no había dado resultados en la misma época en la que obtuve mi primer trabajo.

A pesar de lo inminente, él estaba feliz por mí. Me aconsejaba todos los días, me llenaba de recomendaciones. Yo sabía que papá confiaba en que yo sería un buen profesional, así que entendí sus palabras como un intento de tranquilizarme, de transmitirme su paz. Sin embargo, fue imposible no sentir que lo había defraudado en la segunda semana, cuando recibí mi primera amonestación por llegar a la oficina con retraso.

Papá se fijó en mi rostro en cuanto llegué a casa. Vio tanta frustración en mis ojos que creyó que él era la causa. Por primera vez se atrevió a hablar directamente del tema, a admitir lo que estaba por suceder. Él no quería hablar de ello, y yo tampoco deseaba escuchar, así que para cambiar de tema le dije la verdad. Él se quedó en silencio, y sin decirme nada se quitó el reloj y lo ajustó en mi muñeca.

Sonriendo me dijo: “por favor, que no vuelva a pasar. Cada vez que sientas que te molesta, recuerda que es mucho más incómodo llegar tarde”.

Esa sonrisa, la última que le recuerdo, no fue gratuita. Él sabía que al fin había ganado. Papá tenía claro que nunca volvería a quitarme ese reloj; podía adivinar que, ocho años después, y aunque la batería dejó de funcionar hace meses, no soy capaz de dejar de usarlo. Lo suyo nunca fue resignación, era paciencia. Me conocía lo suficiente como para saber que solo tenía que esperar la ocasión precisa para lograr que un reloj significara algo para mí, y ante mi desinterés por ser puntual, buscó el momento perfecto para que ansiará recordar que el tiempo, aunque no transcurre al mismo ritmo, jamás deja de conducirnos a los límites.



JOHN WILLIAM ARCHBOLD

Es licenciado en ciencias sociales, especialista en estudios culturales y magister en literatura hispanoamericana. Es docente de la Universidad del Atlántico en las cátedras de literatura latinoamericana y literatura del Caribe. Ha colaborado con periódicos y revistas como El Heraldo y El Universal y revistas como Actual, Semana y Arcadia. Algunos de sus cuentos y crónicas han sido publicados en antologías del Ministerio de Cultura y sellos editoriales independientes. Su primera novela “Los narcisos mueren ahogados” será publicada por Lugar común editorial en el segundo semestre del 2020.



ABRIL - 2020